

y extendieron su influencia por los Balcanes. Pero sería un error pensar que todas esas migraciones hayan ocurrido al mismo tiempo. La peste bubónica había llegado a Anatolia occidental en 1347 y forzó una migración general a través de Europa, en la que seguramente se encontraban gitanos, ya que incluso llegaron a verse acusados de haberla introducido en Europa. Además, pruebas lingüísticas indican que se dio una salida temprana del territorio griego de un grupo gitano. En efecto, en al menos un dialecto romaní, el *istriani*, hablado en Eslovaquia, el léxico griego es bastante reducido.

No solo el islam es un factor clave para entender esta salida hacia Europa, como sí lo fue en el caso de su salida de la India, pero ambos eventos compartieron

un mismo aspecto militar, ya que los turcos otomanos utilizaron a los gitanos en su milicia o como artesanos al servicio del ejército. En 1300 había guarniciones militares específicamente gitanas tanto en Modon como en Nauplia, en el Peloponeso veneciano, hoy día sur de Grecia. Los gitanos ya habían llegado a Europa.

No sabemos cómo los diferentes grupos de gitanos entraron por primera vez en Europa. La mayoría probablemente cruzó el istmo de Constantinopla, aunque se ha sugerido que otros hubiesen podido dejar Anatolia cruzando en barco por el mar Egeo o el mar Negro. Cualquiera que fuese la manera en la que llegaron a los Balcanes, en 1500 se tiene constancia de su presencia en toda Europa.

## Los cristianos de Oriente Medio en la actualidad

**Joseph Maïla.** Profesor de Relaciones internacionales en la Escuela Superior de Ciencias Económicas y Comerciales, Francia

Las comunidades cristianas de Oriente Medio solo pueden entenderse como grupos de ciudadanos cuya pertenencia a su patria y su país está fuera de toda duda, todos ellos profundamente arraigados en su marco histórico y social. La expansión del cristianismo comenzó durante el Imperio romano y se extendió a lo que hoy son los territorios de Armenia, Siria, Irak, Irán e India. Los disturbios vinculados a los cambios políticos, la discriminación y el ascenso del islamismo, sobre todo durante las últimas dos décadas, han contribuido a desestabilizar la condición cristiana en la región. Así, la emigración masiva de poblaciones cristianas está estrechamente ligada a todas estas tragedias. A pesar de las dificultades actuales a las que se enfrentan, los cristianos orientales no pueden imaginar su futuro sin una participación cada vez mayor y más activa en el seno de sus sociedades.

El interés por los cristianos en Oriente Medio está sujeto a variaciones según los acontecimientos actuales. Las comunidades cristianas, que se encuentran entre las más antiguas de esta región del mundo, solo salen a la luz cuando su condición o la situación que viven sufren acontecimientos violentos y brutales. Es entonces cuando surgen preocupaciones sobre su con-

dición y dudas sobre su estatus. De repente, su lugar se convierte en objeto de cuestionamiento; es como si se separaran de su marco social para someterse a un análisis centrado en su peculiaridad. Sin embargo, las comunidades cristianas de Oriente Medio solo pueden entenderse como grupos de ciudadanos cuya pertenencia a la patria y el país está fuera de toda duda, grupos

profundamente arraigados en su marco histórico y social. Distinguidos por sus convicciones religiosas en un entorno predominantemente musulmán, su historia ha sido moldeada por la de un Oriente que lucha contra sus incertidumbres políticas, sacudido por los trastornos geopolíticos y por los diferentes imperios que se han sucedido en esta parte del mundo. Intentar situarlos en la historia supone remontarse muy atrás, hasta los inicios del cristianismo, cuando una secta judeocristiana en Jerusalén sobrevivió a la destrucción de su templo en el año 70 a manos de las legiones romanas de Tito, y luego, en 135, a la destrucción total de la ciudad por parte del emperador Adriano, para extenderse por el Mediterráneo y hacia el interior de Asia Occidental. A ello siguió la dispersión de los judíos, que dio lugar a la diáspora de judíos de Palestina. Sin embargo, a partir de mediados del año 40, Pablo de Tarso emprendió sus viajes por Grecia y Asia Menor, fundando las primeras Iglesias, que fueron destinatarias de sus epístolas. Por entonces el cristianismo, en germen y aún no dilucidado en sus rasgos dogmáticos fundamentales, se encontraba en su fase inicial de formación. Sin embargo, la expansión «misionera» dio lugar a agrias discusiones entre los defensores de la llamada corriente judeocristiana, representada por Santiago el Mayor y el apóstol Pedro en Jerusalén, y una corriente liderada por Pablo que abogaba por la apertura a los gentiles, no judíos, con el fin de ganárselos para una doctrina que se liberaba en cierta medida de la ortodoxia judía y la unía a la creencia en el Cristo resucitado. Durante las discusiones que tuvieron lugar entre los representantes de estas dos corrientes alrededor de la década de los años 50, especialmente en Jerusalén y Antioquía, los debates fueron animados y muy tensos. Pese a todo, se tomó la decisión de no reservar la nueva religión solo para los judíos, sino abrirla a aquellos que quisieran convertirse. Como resultado, el cristianismo emergen-

te se extendió fuera de Palestina. La expansión del cristianismo comenzó así y llegó al Imperio Romano, en Occidente, pero también se extendería hacia lo que hoy son los territorios de Armenia, Siria, Irak, Irán e India.

Este breve fresco de lo que fueron los inicios del cristianismo es inseparable de lo que más tarde llamaríamos las «querellas cristológicas». En efecto, durante el período antes mencionado, el dogma cristiano aún no estaba constituido en las diversas formas que conocemos hoy y que darán origen a las denominadas Iglesias orientales.<sup>1</sup> La extraordinaria proliferación de denominaciones eclesiológicas que componen el mundo cristiano de Oriente Medio se debe a las disputas que, durante los siglos III y IV, dividieron el cristianismo y lo constituyeron gradualmente en Iglesias separadas según las divisiones dogmáticas aparecidas entonces. Estas divisiones son el resultado de confrontaciones teológicas en torno a la persona de Cristo, su naturaleza —o su naturaleza dual: hombre y Dios—, y el estatus de su madre, la Virgen María, de quien se trataba de averiguar si podía llamarse madre de Dios (*Theotokos*) o no. Estas divisiones surgieron en un momento en que el Imperio romano comenzaba a debilitarse y el centro de gravedad de la «romanidad» se desplazaba hacia Oriente, es decir, a Bizancio. El Imperio romano de Oriente, más conocido como Imperio bizantino, había comenzado su ascenso.<sup>2</sup> El Edicto de Milán (313), que estableció la libertad religiosa en el Imperio, permitió a los cristianos practicar libremente su culto bajo el reinado de Constantino. No fue hasta el año 392, con el Edicto de Constantinopla, cuando el cristianismo se convirtió en la religión del Estado bizantino.

El cristianismo se organizó entonces en Oriente en medio de una doble conjetura: el establecimiento del Imperio bizantino político, que se convirtió en el centro del Imperio romano en 324, y la influencia

1. Cabe precisar aquí que los llamados «cristianos orientales» incluyen tanto a los fieles de las Iglesias del Próximo y Medio Oriente como a una gran parte de Europa del Este, ya que la denominación actual de este término comprende también, por ejemplo, las Iglesias de Rumania, Bulgaria y Ucrania, en particular las llamadas «uniatas», que se separaron de la ortodoxia para unirse a Roma a partir del siglo XVIII.

2. El Imperio se escindiría en dos partes a la muerte del emperador Teodosio (395): el Imperio romano de Occidente y el Imperio romano de Oriente.

espiritual de las ciudades que se serían las sedes de los patriarcados cristianos. Roma se convirtió en la ciudad «eterna», pero Alejandría, Antioquía, Jerusalén y Constantinopla pasaron a ser sedes de patriarcados que continúan hasta el día de hoy bajo sus nombres históricos originales. Los concilios de Nicea (325), Éfeso (451) y Calcedonia (451) estructurarán el dogma cristiano sin por ello unificarlo. De esta situación surgirán las diferentes Iglesias de Oriente. Sin embargo, el cristianismo emergente tendrá que enfrentarse a una nueva religión que surge en la península arábiga: en el año 638, el islam tomó el control de Jerusalén. El Imperio musulmán abarcaría un siglo después, en el año 750, un espacio geopolítico que se extendía desde España hasta las fronteras de China. Oriente, a partir de entonces, estuvo gobernado por sucesivos imperios musulmanes: árabes como el de los omeyas, y más tarde los abasí y turco, con la dinastía otomana. En este contexto, el mundo cristiano oriental, ahora bajo dominio musulmán, vio cómo a sus fieles se les imponía el estatuto de súbditos protegidos. Como miembros de la ciudad musulmana, estos últimos podían practicar su religión y ejercer profesiones, excepto las militares o relativas a la administración superior de los distintos poderes, y en particular de la política. Este fue el llamado sistema de «protección» o *dhimmitud* establecido por el profeta Mahoma durante la época de Medina. Ciertamente, existían excepciones tanto en términos de participación de determinadas élites judías o cristianas en la organización de la vida económica y social de las ciudades como con respecto a las potencias del mundo musulmán. Existirán momentos de gran fertilidad intelectual, como en el Bagdad de los siglos IX y X, o incluso, desde una perspectiva más geográfica, el momento «andaluz» en la España musulmana, donde las intensas interacciones religiosas e intelectuales muestran la riqueza de los monoteísmos en contacto. Sin embargo, el punto de inflexión en el Próximo y Medio Oriente sigue siendo la conquista musulmana a mediados del siglo VII, que

establece el marco en el que se desarrolla la vida de las poblaciones cristianas. El destino de las Iglesias de Oriente no les permite separarse de los imperios ni de los estados-nación, de los cuales constituyen parte una originaria y fundamental.

## Cristianismo oriental y sacudidas políticas

Con la derrota otomana y la creación de los estados de Oriente Medio bajo mandato británico o francés, las Iglesias orientales experimentarán un arraigo nacional propiamente dicho, ya que a partir de ahora deberán tratar con autoridades públicas que serán los nuevos interlocutores políticos de los responsables eclesiásticos y reemplazarán el sistema administrativo y político otomano que había prevalecido desde el siglo XVI. Los otomanos, como sabemos, habían organizado comunidades cristianas en torno al sistema *millet*. Este sistema amplió las disposiciones clásicas del pacto de «protección» de Medina. Dos grandes Iglesias debían representar a los cristianos del Imperio cerca del sultán en Constantinopla, hoy Estambul: el *millet* relativo a la comunidad greco ortodoxa y el que se constituía en torno a la comunidad apostólica armenia, cada uno con su propio patriarca a la cabeza. A principios del siglo XX, las autoridades otomanas reconocían catorce comunidades.

En cualquier caso, con la desaparición del Imperio otomano y la creación de estados en las antiguas provincias orientales del Imperio otomano, ahora bajo mandato de la Sociedad de Naciones, cada Iglesia ocupará su lugar en un espacio ahora territorializado y delimitado, y se regirá por una serie de leyes y reglamentos que delimitarán las relaciones entre las comunidades religiosas y los poderes políticos.<sup>3</sup> Como el nuevo Estado-nación del Próximo y Medio Oriente no se inspira en la legislación secular, prevalecerán las regulaciones comunitarias promulgadas

3. Sobre la dinámica de conjunto que afecta a la situación del Oriente árabe desde la caída del Imperio otomano, véase nuestro artículo «The Arab Christians: From the Eastern Question to the Recent Political Situation of the Minorities», en Andrea Pacini (ed.), *Christian Communities in the Arab Middle East*, Clarendon Press, Oxford, 1998.

o respaldadas por el poder político. Las Iglesias, por tanto, desempeñarán el papel que antes ejercían como intermediarias entre el poder político y los ciudadanos fieles. De hecho, en el Estado moderno de Oriente Próximo habitan los miembros de las comunidades religiosas, cualesquiera que sean, bajo un doble estatus: formalmente iguales como ciudadanos y estrictamente segmentados por confesión como pertenecientes a obediencias religiosas, y en el caso de los cristianos eclesiásticos, diferenciados. Se trataba de hacer del comunitarismo la «ley» común a la que estaban sujetos los ciudadanos de los nuevos estados.

Ciertamente, este comunitarismo, también llamado confesionalismo, fue muy variado. Se daba en múltiples formas: podía ser institucionalizado —como aún sucede en Líbano—, sometiendo a los ciudadanos a su estatuto comunitario en materia de estado civil (matrimonio, divorcio, herencia, etc.) y distribuyendo los gastos públicos en proporción a las comunidades, manteniendo la ausencia del matrimonio religioso (incluso en Israel), especificando que la religión del Estado es el islam, equilibrando de modo no oficial los ministerios y las funciones públicas y dando subsidios a las comunidades minoritarias. Este sistema, establecido durante el mandato, continuó después de la independencia y bajo las dictaduras militares y los regímenes de partido único. Este contexto se debe tanto al marco legal como a una serie de situaciones sociales. Es, por tanto, inestable, precario y, sobre todo, está sujeto a tensiones económicas, desigualdades y pasiones identitarias, que abundan en la historia de Oriente Medio. Los trastornos vinculados a los cambios políticos, la discriminación y el ascenso del islamismo, especialmente durante las dos últimas décadas, así como la guerra del Líbano a mediados de la década de 1970, han contribuido a desestabilizar

la condición cristiana en la región. La emigración masiva de poblaciones cristianas está estrechamente relacionada con todas estas tragedias.

Sin querer entrar de inmediato en las especificidades de cada comunidad y cada Estado, podemos agrupar la evolución actual del cristianismo oriental en tres grandes grupos. El primero se relaciona con la demografía.

Si bien los cristianos constituían más del veinte por ciento del Imperio otomano antes de su colapso en 1918, su número en Medio Oriente ha disminuido significativamente en la actualidad. Varios factores económicos, culturales y sociales explican esta disminución de las cifras. La violencia sufrida por los cristianos orientales a principios del siglo xx ciertamente pesó en la balanza, pero está lejos de explicar la erosión demográfica sufrida.<sup>4</sup> Es cierto que la entrada en guerra del Imperio otomano del lado de Alemania y contra Rusia exacerbó enormemente las tensiones religiosas dentro de su territorio. Los armenios de Turquía rápidamente se consideraron sospechosos de acercamiento a Rusia y las fuerzas occidentales. Sin embargo, ya a finales del siglo xix se produjeron masacres de cristianos, especialmente armenios, entre 1895 y 1897. Se calcula entonces que fueron asesinados más de cien mil cristianos. Con el estallido de la guerra y las nuevas alianzas internacionales, el odio, las sospechas y las tensiones acumuladas desembocaron en un genocidio en la Turquía otomana a partir de 1915, el primero del siglo xx. Casi un millón quinientos mil armenios fueron masacrados.<sup>5</sup>

Otra comunidad cristiana, repartida en tres países —Turquía, Irak e Irán— sufrió todo el peso de las conmociones históricas a partir de 1915, en los inicios de la Primera Guerra Mundial: se trata de la comunidad asirio caldea. Recelosas de sus contactos

4. Sobre la cuestión demográfica en Oriente durante el período otomano, véase el trabajo tan útil como detallado de Youssef Courbage y Philippe Fargues, *Chrétiens et Juifs dans l'Islam arabe et turc*, París, Fayard, 1992.

5. La mitad de los armenios —de un total de seis millones y medio— vive hoy fuera de Armenia. Esta diáspora no es homogénea. Los armenios de Georgia y de Azerbaiyán descienden, en parte, de poblaciones implantadas en Transcaucásica. Vienen seguidamente los descendientes de las diásporas constituidas en el seno de los imperios a los que pertenecían los armenios. Este es el caso de los armenios de Turquía —la mayor parte en Estambul—, Siria y Líbano, entonces bajo el Imperio otomano. La gran diáspora de 1,6 millones, surgida de las tragedias de finales del siglo xix e inicios del xx, se repartió entre Europa (unas 400.000 personas) y el continente americano (1.200.000 personas) (Nota de la redacción).

con las fuerzas francesas e inglesas y decididas a aplastar cualquier irredentismo o deseo de autonomía o independencia, las fuerzas turcas se dedicaron a masacrar las poblaciones en las provincias históricas de asentamiento cristiano de Dyarbakir, Tour Abdin o Mardin. La comunidad intentó negociar un futuro mejor con los francos e ingleses para que, al final de la guerra, se les concediera un territorio autónomo o, al menos, protección internacional, pero estos intentos no obtuvieron ningún resultado. Al acabar la guerra, gran parte de la población asirio caldea se vio incluida en el Estado iraquí. El nuevo Estado no quiso hacer ninguna concesión en materia de autonomía o garantías de protección.

Estos trágicos acontecimientos que tuvieron lugar durante los primeros treinta años del siglo XX redujeron considerablemente la presencia de cristianos en Turquía.<sup>6</sup> Estos últimos no representan más que el 0,5 por ciento de la población turca de mayoría sunita en la actualidad. Aunque oficialmente es un Estado laico, Turquía somete a un régimen restrictivo la organización de las «comunidades no musulmanas» que, para el Estado, pertenecen a la categoría de minorías protegidas, según los términos del Tratado de Lausana de 24 de julio de 1923 que creó la Turquía moderna. Muchas restricciones están vinculadas a su estado civil. El Estado turco todavía reconoce solo dos: la Iglesia apostólica armenia (no católica) y la Iglesia griega u ortodoxa griega, encabezadas por patriarcas con el título de Patriarcas ecuménicos de Constantinopla. El patriarca Bartolomé I es el jefe de la Iglesia ortodoxa, heredero del «Trono de Constantinopla». Como tal, goza de primacía simbólica y honor dentro de las Iglesias ortodoxas, que reúnen a 300 millones de fieles en todo el mundo.

Al ser las Iglesias ortodoxas autocéfalas, es decir autónomas, y gobernarse bajo una autoridad religiosa independiente, su poder proviene de la coordinación y la influencia. La Iglesia ortodoxa representa la autoridad eclesiástica de la pequeña comunidad greco

ortodoxa de Turquía, que no supera las dos mil personas. La comunidad armenia es más numerosa. Hoy cuenta con casi 60.000 miembros y solo un diputado armenio, miembro del AKP, el partido gobernante del presidente Erdogan, ocupa un asiento en el Majlis (parlamento). En la legislación anterior eran tres. Finalmente, varias denominaciones protestantes cuentan con unos 20.000 miembros, además de cristianos de rito latino y otras minorías. La situación de los cristianos sigue siendo complicada desde el punto de vista de sus derechos religiosos y de la restitución de determinadas iglesias y lugares de culto. Las iglesias reconocidas no tienen personalidad jurídica y no pueden poseer ni administrar establecimientos educativos. Muchas iglesias se han convertido en mezquitas y otras se han reducido a funciones civiles. La catedral de Santa Sofía, transformada en museo por Mustafa Kemal Atatürk, en 2020 pasó de nuevo a ser de culto musulmán por decisión del presidente Erdogan.

Si la situación de los cristianos en Turquía puede explicarse según una historia a veces atormentada y violenta, la evolución demográfica general del cristianismo oriental está dictada por otras consideraciones. La lenta erosión de la presencia del cristianismo oriental se debe a un complejo conjunto de factores, entre los que destacan la exposición relativamente temprana a la modernidad occidental, una educación que gradualmente rompió con la tradición académica y una rápida modernización de la vida social. Los primeros beneficiarios del bienestar educativo y económico, los cristianos de Egipto, Jordania y Líbano, vieron cómo, con la creación de congregaciones religiosas occidentales, su acceso a la escuela, la universidad, los diplomas y la cultura occidental progresaba muy rápidamente a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Ello dio lugar a la constitución de élites intelectuales, económicas y políticas cuyo papel se puso de relieve con el inicio del Renacimiento árabe o movimiento *Nahda* a finales del siglo XIX. Dicha modernización propiciaría, en proporciones ciertamente variables y

6. Sobre las masacres de poblaciones asirio caldeas, sobre todo en agosto de 1933, véanse los numerosos trabajos de Joseph Yacoub, de los cuales cabe destacar *The Assyrian Question*, Chicago, Alpha Graphic, 1986, así como el de Raymond Lecoq, *Histoire de l'Église d'Orient. Chrétiens d'Irak, d'Iran et de Turquie*, Paris, Cerf, 1995.

específicas de cada país, la creación de una clase media preocupada por el desarrollo y la mejora de su calidad de vida, atenta a las normas vigentes en un Occidente erigido a menudo en modelo a imitar.

Esta apertura a la modernización, con sus consecuencias en el ámbito familiar y demográfico, estuvo paradójicamente acompañada de un éxodo de las comunidades más pobres de las sociedades levantinas. De hecho, hacia finales del siglo XIX, y también después de la difícil situación humanitaria y económica de la Primera Guerra Mundial, cuando la hambruna asolaba el monte Líbano, muchos habitantes de Oriente Medio tomaron el camino de la emigración. Los emigrantes libaneses se dirigen a Francia y de ahí, por el puerto de Marsella, la mayoría a América. Brasil tiene hoy cerca de diez millones de libaneses o descendientes de libaneses, en su mayoría de fe cristiana. Esta emigración afectó también a los palestinos, en su gran mayoría cristianos, que se establecieron entre 1900 y 1950 en Chile. Hoy día, este país alberga la diáspora palestina más grande fuera del mundo árabe. Se calcula que allí residen entre doscientos mil y cuatrocientos mil palestinos, hijos o nietos de emigrantes, casi todos cristianos. América del Norte también atrae a las diversas comunidades de cristianos orientales.

Los coptos de Egipto, cuyo número varía entre ocho y doce millones de personas, aproximadamente entre el nueve y el diez por ciento de la población total, constituyen la comunidad cristiana más grande del Próximo y Medio Oriente. Se sienten cada vez más tentados por el exilio. En Estados Unidos, destino privilegiado, había más de seiscientos mil en 2015, de los cuales casi cien mil se habían unido a sus correligionarios tras los acontecimientos de las Primaveras árabes de 2011. Más de doscientos mil se instalaron en Canadá. Las razones de su marcha son variadas. Generalmente se deben al descontento con su estatus y con la relación de la Iglesia copta con el Estado. De hecho, hay una serie de viejas demandas que siguen insatisfechas y siempre están en primer

plano: los coptos de Egipto se quejan, así, de una serie de discriminaciones a las que se ven sometidos los miembros de su comunidad y se reflejan, sobre todo, en las relaciones, nunca estables, de la Iglesia copta con el Estado egipcio. Heredera del antiguo Patriarcado de Alejandría, la Iglesia ortodoxa en sus dos ramas, ortodoxa y católica,<sup>7</sup> articula sus quejas en torno a las desigualdades de acceso a los cargos y empleos públicos, la difícil construcción de iglesias, los obstáculos a la educación escolar copta, las demandas interpuestas sobre el cambio de religión o reconversión, así como las prerrogativas de la Iglesia y el Estado en materia de estatus personal.

En resumen, los motivos de tensión son numerosos. Las discusiones se hicieron acaloradas durante las críticas del Papa copto Shenouda III contra el presidente egipcio Sadat, su política interna y su diplomacia de paz con Israel. Shenouda III quedó bajo arresto domiciliario por decreto presidencial en un monasterio lejos de El Cairo. Durante el estallido de las Primaveras árabes, que condujeron a la caída del presidente Mubarak en enero de 2011, los jóvenes cristianos egipcios fueron muy activos en las protestas. Las consignas de libertad, igualdad y dignidad resonaron para ellos con especial relevancia. Se identificaron con las luchas en curso y participaron activamente en las manifestaciones. Posteriormente, se unieron a las protestas que pedían el derrocamiento del presidente Mohammad Morsi, en representación de los Hermanos Musulmanes. Esta visibilidad no hizo más que alimentar las reacciones de los extremistas. Los ataques contra los coptos, que no habían cesado desde el atentado contra la catedral de Alejandría el 1 de enero de 2011, que dejó setenta y nueve muertos, se reanudaron con fuerza. En abril, mayo y diciembre de 2017 se produjeron ataques mortales en Tanta, en el norte, Alejandría y Helouan, en los suburbios de El Cairo. Uno de estos ataques fue reivindicado por la organización Estado Islámico (Daesh).

El otro país afectado por ataques asesinos a gran escala fue Irak, cuando se proclamó el llamado califato

7. Vinculados con Roma, tal y como su nombre indica, serían en torno a los 200.000 fieles.

islámico establecido por Abu Bakr el Baghdadi, líder del Estado Islámico, en junio de 2014. Los terribles abusos, asesinatos y degradantes actos de humillación perpetrados contra cristianos, yazidíes, chiítas y otras poblaciones, en particular entre las minorías kakais o mandeas, se encuentran entre los más crueles. La organización terrorista internacional también atacó de la manera más salvaje varios lugares de culto, restos arqueológicos y monumentos que podían recordar un pasado no musulmán en la región sirio iraquí. En los alrededores de Mosul y en la llanura de Nínive, los cristianos tuvieron que huir de una persecución en toda regla. Las consecuencias en términos de presencia cristiana en Irak equivalen a una verdadera catástrofe. Los cristianos de fe asiria, caldea o incluso siríaca en Kurdistán, en el momento de la invasión del país por Estados Unidos en 2003, se estimaban en poco menos de 1,5 millones de personas. Hoy representan el uno por ciento de la población de Irak, probablemente entre 300.000 y 400.000. Su marcha es continua a pesar del regreso de algunos de ellos a sus tierras devastadas, alentados por una ayuda internacional débil pero real. La situación sigue siendo difícil para ellos, que fueron objeto de crueles secuestros de obispos y sacerdotes en 2005. La situación ha empeorado incluso a nivel político con el golpe de Estado del presidente iraquí Abdel Latif Rachid, que «destituyó» al cardenal patriarca Louis Sako de su función de patriarca de la Iglesia caldea de Irak el 15 de julio de 2023, derogando el decreto por el que las autoridades públicas lo reconocían como tal.

La situación de los cristianos en Líbano también se ve afectada y socavada por la cuestión de la continua salida de cristianos del país de los cedros. El flujo de emigración es, como sabemos, antiguo y constante en Líbano. Comenzó en la segunda mitad del siglo XIX, se incrementó tras las masacres de 1860 en las montañas libanesas, se reanudó, motivado por las durísimas condiciones de hambruna, en 1915, y continuó por razones económicas y sociales en un territorio estrecho que luego se amplió y aceleró durante la guerra del Líbano, en 1975. Posteriormente, los enfrentamientos con las facciones palestinas armadas, los conflictos interreligiosos y las luchas y los combates entre cris-

tianos, como las ocurridas en los años 1988-1990 entre el general Aoun y la milicia de las Fuerzas Libanesas, han agravado esta tendencia. La firma del Acuerdo de Taif (1989) redujo las prerrogativas constitucionales que corresponden a la comunidad cristiana, en particular a los maronitas —promotores, a través de su Patriarca, en 1920, de la creación de la República del Gran Líbano por parte de Francia—. Comunidad mayoritaria entre las comunidades cristianas del Líbano, los maronitas desempeñaron en el pasado y hasta hoy un papel de liderazgo, aunque actualmente se encuentran debilitados por sus disputas políticas internas y por un descenso demográfico debido también a la emigración.

Les corresponde la presidencia de la República, la única ocupada por un cristiano en el mundo árabe. En 2000 comienza un período turbulento para Líbano, que ve el fin de la ocupación israelí del sur del país, y, en 2005, el de la ocupación siria, pero también la guerra mortal con Israel en 2006. Poco a poco se irán imponiendo dificultades socioeconómicas que conducirán al movimiento social casi revolucionario de 2019, el colapso de la moneda nacional y un empobrecimiento general enorme. El 4 de agosto de 2020, la gigantesca explosión en el puerto de Beirut, adyacente a sus barrios, debilitará aún más la moral de la población cristiana y será el origen de un fuerte movimiento de éxodo. En última instancia, a pesar de la resiliencia de una parte de la sociedad civil y la participación en la lucha nacional contra el amiguismo y la corrupción, los cristianos de Líbano se encuentran ahora, como en muchos otros momentos de su historia, en una encrucijada. Aunque solo constituyen poco más de un tercio de la población, el método político de distribución de poderes les asegura un grado significativo de control sobre el gobierno del país. Además, si la emigración residencial y de integración se dirige hacia América del Norte, África subsahariana o Australia, una parte importante de la emigración laboral se marcha a los países de la península arábiga, de donde los libaneses van y vienen con frecuencia.

Por lo demás, quien observe el estado general de la presencia cristiana en Oriente se sorprenderá ante su importante retroceso. En Palestina, en 1948, los

cristianos representaban el veinte por ciento de la población. En Israel hay 185.000 según las estadísticas oficiales del Estado hebreo en 2022, lo cual representa el 1,9 por ciento de la población israelí. Hay menos de 10.000 palestinos cristianos en Jerusalén. En 1948 eran tres veces más numerosos. Hoy representan menos del dos por ciento de la población de la ciudad. En Belén, los cristianos constituían el noventa por ciento de la ciudad en 1940, mientras que hoy son un doce o trece por ciento. Los cristianos eran 8.000 en Gaza; hoy en día, menos de 1.000 de ellos residen en este enclave. En Jordania, a finales de los años cincuenta, los cristianos constituían casi el veinte por ciento de la población, mientras que hoy solo constituyen el dos por ciento. En Siria, a principios de siglo, el quince por ciento de la población estaba compuesta por cristianos. Al comienzo de la guerra civil en 2011 eran menos del diez por ciento. Muchos han emigrado, sobre todo desde Alepo. Si los greco ortodoxos, los greco católicos, los caldeos, los asirios y los maronitas constituyen la mayoría del cristianismo de Oriente Próximo, los armenios orientales, los siríacos, los protestantes o los latinos —es decir, de rito romano— completan este mosaico. Cabe destacar, sin embargo, la política de apertura de las Iglesias y las significativas representaciones eclesíásticas cristianas en la península arábiga —excepto en Arabia Saudita—, donde hay una fuerte presencia de miembros cristianos de nacionalidades árabes y extranjeras que trabajan en las petromonarquías. Existen pequeñas comunidades cristianas nacionales en Kuwait y Bahrein.<sup>8</sup>

¿Cómo podemos evaluar esta situación global si no es en el contexto de una conjunción de causas? Es cierto, en primer lugar, que los factores económicos son una de las principales razones de la salida paradójica, solo en apariencia, tanto de una elite socioeconómica cada vez más joven y cualificada como de una clase media afectada por el empobrecimiento. Esta caracte-

rística no es exclusiva de los cristianos: afecta a todas las poblaciones y comunidades de Oriente Medio. Recordemos que el ciclo de salidas que afecta a diversos grupos de edad y clases sociales se percibe más en el ámbito de las comunidades inicialmente minoritarias.

## Guerras y violencias

También es cierto, y este es otro factor de debilitamiento del cristianismo oriental, que con la instalación de la violencia que ha afectado a Oriente Medio desde las guerras arabo israelíes desde 1948, los golpes militares y la inestabilidad política y las guerras civiles en el Líbano, Siria e Irak, muchos habitantes de Oriente Medio tuvieron que enfrentarse a un futuro completamente opaco e incierto. Las dictaduras, la radicalización política y el fundamentalismo religioso se han percibido con mayor dureza por los grupos más sensibles, debido a su posicionamiento en la sociedad, al ejercicio de las libertades fundamentales, de ahí su miedo a ser objetivo de cualquier exceso populista o de instrumentalización política. Hay que tener presente la particular situación de violencia en la que se encuentra sumido Oriente Medio desde hace más de medio siglo. De hecho, durante los últimos cincuenta años, a pesar de los hitos de paz representados por los tratados de paz entre Israel y Egipto (1979) y entre Israel y Jordania (1991), la guerra ha pesado mucho en el Próximo y Medio Oriente. Ya sean guerras interestatales, como en 1973 entre Israel y Egipto, en 1980 entre Irán e Irak, en 1990 entre Irak y Kuwait o contra Irak en 1991, o incluso invasiones israelíes como las de Líbano en 1978, 1982 o 2006, las múltiples incursiones en Gaza de 2007 a 2023 o el terrible ataque del Estado Islámico de 2014 a 2017 contra las comunidades cristianas, yazidíes o chiítas de Irak, la perspectiva de la violencia sigue pesando mucho en

8. La Iglesia católica, al igual que las Iglesias ortodoxa, anglicana y protestante, todas bajo sus diferentes denominaciones y distinciones, se han beneficiado de la apertura de parroquias e iglesias en todos los países del Golfo. Así, la libertad religiosa está presente en Qatar, Omán, Bahrein, Kuwait y Emiratos Árabes Unidos (Abu Dhabi, Dubai, Sharjah, Al Ain, etc.). La Santa Sede ha creado dos vicariatos apostólicos: el vicariato apostólico de Arabia del Norte (para Kuwait, Arabia Saudita, Qatar y Bahrein) y el vicariato de Arabia del Sur (para Abu Dhabi, Emiratos Árabes Unidos, Omán y Yemen).



las decisiones de las minorías. Lo que los cristianos, en particular, han tenido que soportar en las últimas décadas, en comparación con el pasado, solo puede equipararse con las masacres de 1860 en las montañas de Líbano y en Damasco, con los genocidios armenio o asirio del siglo xx o con los abusos de la guerra de Líbano. El recuerdo de la violencia inducida por estos acontecimientos, sea cual sea su importancia o las responsabilidades de los estados, las comunidades o los grupos terroristas, ha tenido un profundo impacto en las mentalidades y, desde luego, ha motivado una serie de comportamientos guiados por el miedo, la huida y los éxodos. Así, vuelve a surgir de repente la cuestión de la coexistencia intercomunitaria, tan delicada en Oriente Medio.

Desde la era de los imperios hasta la de los estados-nación modernos, la memoria de Oriente Medio lucha contra el espectro que se cierne sobre todas las disputas y los antagonismos con el temor de que estas tensiones degeneren en conflictos comunitarios mortales. Es muy grave que el desarrollo del islamismo yihadista, esto es, combativo, diera lugar a la creencia de que el cristianismo oriental era un intruso en la región donde nació mucho antes que el islam. Ante la magnitud del desastre que constituyó la lenta erosión demográfica, unida a lo que no cabe llamar sino «persecución» por parte de la organización Estado Islámico, se planteó con agudeza la cuestión del futuro de las comunidades cristianas. Muchas reacciones minoritarias propugnaban actitudes de oposición, resistencia y firmeza, incluso militares, según el ejemplo de la guerra de Líbano y sus milicias cristianas. La reacción de los asirios caldeos tras los abusos del Daesh y los intentos de crear milicias es otro ejemplo de ello. Lo cierto es que esta perspectiva, que las autoridades religiosas están considerando ahora con cautela, no puede constituir una vía de salida realista y estable. Aunque su pretensión sea de defensa, esta solución no supone una respuesta política a largo plazo, sobre todo porque puede empujar a los cristianos orientales a volverse dependientes de los extranjeros, lo cual

puede dar lugar a nuevas acusaciones de connivencia con el exterior.

## Cristianismo oriental y ciudadanía

Queda por considerar, y este es hoy el enfoque más realista entre la emigración y la retirada, que la mejor manera de comprender el futuro y evitar un destino de eliminación sería trabajar para superar el estatus y el problema que convirtió a los cristianos orientales en una «minoría» y una «cuestión». La perspectiva de ciudadanía, que define la igualdad de derechos para todos los miembros de una nación y trabaja por la integración de todos, puede, en última instancia, poner fin a la discriminación social y política. A pesar de las dificultades actuales a las que se enfrentan, los cristianos orientales no pueden imaginar su futuro sin una participación cada vez mayor en la vida de sus respectivas sociedades. La difícil igualdad de derechos, así como el acceso a los cargos públicos de forma abierta y transparente, son objetivos y reivindicaciones de las Iglesias de Oriente. Las jerarquías eclesíásticas, así como los miembros de las comunidades, consideran que su estatus como minorías en una comunidad musulmana más grande los señala como ciudadanos de segunda clase. Además, hoy día existe un consenso hacia el rechazo del estatus de «minorías» y un deseo de superar esta situación discriminatoria que ha alimentado la «cuestión oriental» y los múltiples estatus de protección generados por las potencias occidentales y/o otomanas.<sup>9</sup> La Primavera árabe en Egipto, la revuelta en Siria, el movimiento lanzado el 19 de octubre de 2019 en Líbano han revelado esta aspiración en las consignas de libertad, igualdad y dignidad, comunes a estos movimientos en los que participaron miembros de la sociedad civil cristiana, ocupando a menudo posiciones muy visibles. Esto nos lleva a esperar que la perspectiva ya no sea considerada una utopía y nos permita ir más allá del estatus

9. Sobre estas cuestiones, todas ellas de enorme actualidad, véase Tarek Mitri, *Christians in Arab Politics. Reclaiming the Pact of Citizenship*, Beirut, L'Orient des Livres, 2023.

diferenciado que todavía pervive hoy en la expresión «cristianos de Oriente».

En definitiva, la situación global de los cristianos en Oriente se abre, por su evolución, a nuevas realidades. Si, en efecto, debemos considerar ahora que el cristianismo oriental tiende, debido a la emigración, a convertirse en mayoritario en su dimensión diaspórica, con excepción de los coptos, cuya población egipcia sigue siendo importante, y de algunos como los cristianos de la República de Armenia, la diseminación de los cristianos orientales por todo el mundo se ha convertido en un hecho evidente. Lejos de significar un final de la presencia cristiana en Oriente, esta nueva configuración puede ser prometedora para unas nuevas relaciones entre residentes y emigrantes. Por supuesto, existe el riesgo de que el distanciamiento de

los cristianos orientales de sus tierras de origen conduzca a un distanciamiento de las realidades históricas y sociales de sus raíces. Sin embargo, también podría crearse una nueva dinámica estableciendo una red de continuidad, solidaridad y ayuda mutua entre la patria oriental y el exterior. De hecho, las autoridades eclesiásticas orientales, al darse cuenta de la importancia de la diáspora, no dudaron en incrementar la creación de eparquías. Esta nueva situación es como un nuevo giro del cristianismo oriental que, en tiempos de globalización, también tiende a multiplicarse. Si la presencia cristiana en Oriente está arraigada en raíces y testimonio, su extensión en la diáspora nos permitirá pensar en una renovación cuando ese Oriente vuelva a abrazar el pluralismo, la apertura tolerante y la integración de la diversidad religiosa.

## La Iglesia copta: de espacio espiritual a catalizador de la identidad

**Anis Issa.** Investigador y estudiante de doctorado en la École pratique des hautes études (EPHE), París

La Iglesia copta está considerada como una de las entidades más antiguas de la historia del Mediterráneo y la más antigua de Egipto. San Marcos estableció la Iglesia copta en este país cuando estaba bajo el dominio del Imperio romano pagano, y así fue como los coptos se convirtieron al cristianismo. Desde entonces, han luchado por seguir existiendo y preservar su presencia, sus interacciones y su identidad, cuya narrativa siempre ha tenido una gran fuerza. La Iglesia copta desempeña un papel fundamental en ese proceso, sobre todo desde las oleadas de migración copta desde Egipto en el siglo xx, que crearon una diáspora internacional. En 1962, el Papa Cirilo VI estableció el primer Obispado General de Servicios Públicos, Ecuménicos y Sociales, una red con dos objetivos principales: apoyar a los inmigrantes coptos en el extranjero y recaudar fondos para proyectos de desarrollo en Egipto destinados a jóvenes y familias de ingresos limitados. Así, las diferentes diócesis de la diáspora se convirtieron en un lugar de encuentro y apoyo. Hoy en día, la Iglesia copta se encuentra ante una oportunidad histórica no solo de sobrevivir al desafío, sino de florecer y experimentar una expansión universal.

### Introducción

Las iglesias desempeñan un papel importante en las distintas sociedades, y el primordial pasa por difundir

y preservar la fe y la tradición cristianas. Sin embargo, la palabra *Iglesia* nos trae a la mente otras connotaciones que difieren según el contexto sociopolítico. Cuando enfocamos la vista en el Mediterráneo, vemos